

# Signo y esquema de la poesía colombiana

Escribe: **EDUARDO CARRANZA**

## 1 — EL ESTILO COLOMBIANO

Integramos los colombianos, muertos y vivos, jóvenes y viejos, mujeres y niños, un gran todo solidario, un cuerpo misterioso que es la patria. Porque una patria, nuestra patria, no es tan solo una expresión racial y económica, una fatalidad geográfica limitada por mares y ríos y mojones, no es solamente, siquiera, la patética melodía barresiana de las cunas y las tumbas. Las tumbas normativas en la tierra maternal, las cunas mecidas por un viento que viene de las tumbas. Es algo más que historia y pasado, es también el idioma, y más aún la religión ancestral; esto es la confluencia de valores ideales que se apoyan en el pasado y se prolongan hacia el porvenir. Una temblorosa comunidad de sueños y recuerdos, de sufrimientos, esperanzas y amores colectivos, un espíritu y un destino. Unidad profunda de pasado, presente y futuro, fundamental unidad de lo que fue, lo que es y lo que será. Quedamos, pues, en que finalmente y en tres palabras, la patria, la nación, la nacionalidad colombiana en este caso, es un estilo de vida colectiva. Estilo que se concreta en instituciones patrias, que se proyecta en formas peculiares de vida, se encarna en valores esenciales, se organiza calladamente en historia, se resuelve y fija en cultura y se estiliza en temblorosas hermosuras de la palabra, la melodía y el color. Y se erige en altares que perpetúan la fe de los mayores y afirman la esperanza consoladora del más allá del cristiano.

Cabe preguntarse cuáles serían en Colombia ese estilo secular, ese genio profundo, esa lineal manera de existir, esa perenne vocación, pues el patriótico deber de cada generación que adviene a la historia nacional consiste, ante todo, en ser fiel a la esencia de la patria. Fidelidad que a su vez consiste en impulsar el pasado hacia las nuevas formas del futuro dentro del estilo nacional. Quiero decir rápidamente que dos varones tutelares, el Libertador de la patria Simón Bolívar, y el fundador de la nación y de su capital y descubridor del país, Gonzalo Jiménez de Quesada, nos dan la clave inicial del estilo colombiano. El estilo cultural de Co-



lombia es humanista como Quesada. El estilo político de Colombia debe ser bolivariano. En el orden religioso Colombia ha sido, es y seguirá siendo católica como Bolívar y Quesada. Esto somos en un sentido esencial y existencial y es esto lo que debemos prolongar y defender. Secuencialmente las notas y características del pueblo colombiano en el vasto conjunto de las naciones americanas han sido estas: sentido cristiano de la vida, profundo arraigo en la tradición hispánica, culto por la lengua castellana y dirección humanística de la cultura; histórica aspiración hacia la convivencia y unidad nacional, adhesión hacia las formas jurídicas y a las soluciones civiles, amor a la poesía y a las disciplinas clásicas, lealtad superior a la inteligencia, perpetuo anhelo de conciliar la libertad con la justicia y el orden; idealismo, espiritualismo, respeto por la tradición grecolatina, amor por la cultura esencial que reconoce su centro en la sagrada y libre persona del hombre: del hombre hispánico de carne y hueso dotado de un alma inmortal responsable ante Dios. Cultura que para nosotros es católica, latina, hispánica y americana. Las antedichas constantes históricas han venido a constituir para los colombianos la razón fundamental de nuestra organización nacional y del patrio orgullo más aún que cualquiera otra circunstancia de prestigio geográfico, económico o político.

## 2 — JIMENEZ DE QUESADA, VARON DETERMINANTE

Se podría pensar que hay en el origen de cada una de nuestras patrias americanas un varón esencial, una heroica individualidad que ya de antemano la preformaba, le fijaba su rumbo histórico y le definía su estructura espiritual. Y se podría decir que ese mismo glorioso antepasado sigue presidiendo, de una manera providencial, el sentido de cada nación americana. Son nuestros grandes muertos, poderosos e invisibles bajo la tierra como la sangre bajo la piel del hombre. Ya en las cabeceras de nuestra historia encontramos la personalidad determinante de don Gonzalo Jiménez de Quesada, español de Andalucía por su origen y americano por sus obras y sus amores. Deslumbradora y apasionante imagen la de este capitán letrado, contemporáneo de Garsilaso, como él soldado del emperador y, como él, andariego, galán y navegante. Desde el día en que pone su planta en tierra granadina define para siempre el genio nacional con su triple vocación jurídica, poética y humanística. Quesada, fundador del Nuevo Reino de Granada, es un cabal hombre de su tiempo, un varón renacentista docto en las armas y en las letras, atento al ensueño y a la caballería, espléndidamente dotado así para las duras cosas de la tierra como para las aladas faenas del cielo. En suma, un humanista. Toda su alma está impregnada de las esencias greco-latinas respirables en su tiempo. Al definirle con romana sobriedad José Manuel Rivas, historiador del humanismo colombiano, nos da la estampa ideal del humanista del renacimiento: "Quesada, cuya figura se encuentra indefectiblemente en los orígenes de la historia cultural de la nación, lo mismo que en la política, cultivó el derecho, la historiografía, la métrica, la crítica, la oratoria sagrada y fue esencialmente un humanista. Este aspecto no estudiado de su personalidad es el más prominente y comprende a todos los demás. Ninguno otro, por separado, es capaz de definir su fisonomía intelectual. Quesada no fue un historiador, ni un poeta, ni un autor religioso, preci-



samente porque pasó por todas esas modalidades sin circunscribirse a ninguna en particular. Fue humanista porque supo combinar tal universalidad de conocimientos con ciertas cualidades humanas, fundadas estas y aquellas en una sólida y bien asimilada formación latino-clásica”.

### 3 — EL LATIN VIRREINAL

Es de asombrarse leyendo las crónicas de la conquista de aquellos portentosos españoles que, atravesando la selva y los ríos desbocados con la aventura al cuello, disputaban, cada quien en su bando, acerca de las excelencias de la retórica tradicional de Castilla o de la nueva música deleitosa en que cantaban Garcilaso y su coro de poetas italianizantes.

Iban los españoles —su lecho las duras peñas o los altos árboles— cantándole romances de guerra y de amor al estupor estrellado de la noche americana, enterneciendo el aire con endechas y, a veces, el ramo de la fiebre en los ojos, contando historias de caballería y mitología para entretener el pavor de la selva delirante.

También en la obra amazónica de Juan de Castellanos, son visibles los rastros de la latinidad y el renacimiento. Llena de destellos de romanidad y de clásicas alusiones está la fluvial prosa medida del rudo cantor de los conquistadores, antes soldado aventurero, luego fraile letrado en su alta y solitaria Tunja de piedra y lluvia.

Bien pronto las heroicas aldeas perdidas bajo el cielo, que iban naciendo de la semilla de hierro de las espadas españolas, van adquiriendo noble y pétrea fisonomía de villas indoespañolas, se tornan amables y doctas flores de civilización y compañía. Surgen por doquiera escuelas y conventos. Vuelan ángeles teólogos por la penumbra colonial. Y se deshoja en los murados claustros de la rosa latina de las declinaciones. Un largo rumor de latines atraviesa la vida colonial.

El latín, en la era hispánica o colonial o virreinal sigue siendo, como en el medioevo ensueño universalista, lengua total de la cultura. Lengua de la religión, de las letras humanas y divinas, de la ciencia y de la poesía, de la jurisprudencia y del entendimiento entre las gentes. Lentamente y a pulso de historiadores y eruditos van saliendo a flote obras y nombres de diversa calidad que revelan el tejido latino de nuestra cultura colonial. Y ha quedado firmemente establecido que toda la literatura de los primeros siglos colombianos se alza sobre una ancha base de cultura humanística y que existe una veta de latinidad y una copia de escritores latinos de diversos temas e índole que aguardan aún al investigador, al erudito, al crítico, al historiador y al editor.

### 4 — LA PRIMOGENITURA POETICA

Colombia ostenta, como una impar dignidad, una a manera de primogenitura en el orden de la lengua, del humanismo y de la poesía. Nobleza obliga. Y dignidad obliga. Y en respuesta a tanto honor y a tanta dignidad, cabe recordar con humildad y con orgullo, que son proverbiales el



aticismo y la galanía de los hablantes colombianos. Nuestro castellano de los valles andinos, tan deliciosamente arcaico, tan semejante en su color y en su fresca lozanía a la pura lengua de Castilla la Vieja y que conserva, milagrosamente cálido y vivo, el idioma medular de los conquistadores, la fértil lengua de los cronistas de Indias, el sabroso y donoso decir de los grandes hablistas del Siglo de Oro; y el variopinto español de nuestras ciudades del mar y la llanura, tan solar y moreno, tan garbosamente hispanoamericano. Cabe recordar, una vez más, que la amorosa propensión por la belleza escrita y el culto por el idioma constituyeron en la fisonomía espiritual de Colombia rasgos tan determinantes y exclusivos como puede serlo en su rostro geográfico la Cordillera de los Andes y el Salto de Tequendama. Cabe recordar que a Cartagena de Indias —Ávila del mar, pecho de piedra capitana y sola— quiso venir un heroico desempleado de nombre Miguel de Cervantes, que a la misma Cartagena llegaron los primeros cien ejemplares del Quijote que desembarcaron en América. Y que en Popayán está enterrado don Quijote de la Mancha, de acuerdo con una hermosa leyenda, que es verdad como todas las leyendas hermosas.

## 5 — ESQUEMA DE LA POESIA COLOMBIANA

Voy a dibujar, como pórtico ideal de este trabajo, una veloz reseña de la poesía colombiana.

En la era virreinal o hispánica vale citar estos nombres: Juan de Castellanos, español de Andalucía por su cuna, americano por sus errancias y sus obras; primero, soldado de la conquista; luego, fraile, párroco de la ciudad de Tunja. Se le ha llamado el Homero rústico de la patria colombiana. Escribió una monumental crónica versificada, *Elegías de varones ilustres*, que consta de 150.000 endecasílabos. Su obra, más que un valor poético estricto, tiene un valor histórico como fuente de copiosas noticias sobre los hombres y los hechos de la conquista y sobre las tribus indígenas, sus costumbres y peculiaridades. Castellanos nació en 1552 y murió en 1606. En el siglo XVII florece en Santafé el doctor Hernando Domínguez Camargo, discípulo de Góngora y el más afortunado de los seguidores del culteranismo en América. Domínguez Camargo lleva los recursos técnicos de la poesía gongorina a su más agudo extremo de sutileza y perfección. Escribió algunos preciosos romancillos. Pero su estética cuaja particularmente en su largo poema en honor de San Ignacio de Loyola. Murió Domínguez Camargo en 1656. La Madre Francisca Josefa del Castillo, generalmente mencionada en la historia literaria como la Madre Castillo, nació en Tunja en 1671 y murió en 1742. Fue religiosa de Santa Clara. Dos obras suyas en prosa, *Mi vida* y *Afectos espirituales*, continúan dignamente en tierras colombianas la gran tradición de la mística española. Escribió también la Madre Castillo algunos romancillos religiosos de inefable pureza. También en el siglo XVII escribe excelentes sonetos de carácter moral y religioso don Francisco Alvarez de Velasco, discípulo de Quevedo y magnífico versificador conceptista. Don Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara vive en el siglo XVIII, y su musa fértil, fluída y sencilla, narra episodios de la mansa vida colonial o se entretiene en rimas de índole festiva o galante.



Parece que la tremenda tensión de índole guerrera y heroica que impuso a la generación libertadora el quehacer de la fundación de la nacionalidad no diole mucho vagar para la creación literaria o poética. El grande escritor de estos días es el mismo Libertador, Simón Bolívar. Su prosa epistolar, política u oratoria, densa de ideas y de profecías, ágil y vivaz, cargada de intenciones polémicas, tiene también destellos de poesía y felices momentos que pertenecen a la épica de mejor alcornica. Entre los poetas, sus contemporáneos, merecen una mención don José María Salazar, don José Fernández Madrid y don Luis Vargas Tejada; en ellos alborea en algún momento el romanticismo, pero, por lo general, están aún dentro de la estética neoclásica.

En la obra de José Eusebio Caro se expresa, en toda su hermosa plenitud, el primer romanticismo colombiano. Nace Caro en 1817 y muere en 1853. Su breve existencia se vio llena de contradicciones. Padeció destierros políticos y campañas militares. Su vida patética y su muerte juvenil lo emparentan con los mayores románticos de su tiempo. Cabe anotar la riqueza métrica de su versificación, la contención clásica de su poesía y sus anticipaciones a Bécquer y al modernismo. Contemporáneo y compañero de Caro fue el payanés Julio Arboleda, nacido también en 1817 y muerto trágicamente en 1862. A más de algunas poesías líricas, de algunos escritos memorables, que revelan su refinada cultura de corte inglés, y de algunos espléndidos discursos políticos, escribió el inconcluso *Gonzalo de Oyón*, poema que se considera como el más afortunado intento épico de la literatura americana. Don José Joaquín Ortiz nació en 1814 y murió en 1892. Es un poeta civil y religioso de poderosa entonación. La *Memoria sobre el cultivo de maíz en Antioquia*, de don Gregorio Gutiérrez González, es una singular égloga americana, en donde alternan rasgos humorísticos, destellos de gracia costumbrista y fragmentos descriptivos llenos de plástico vigor. Don Rafael Núñez, reformador y escritor político, escribió también poesía de carácter sentimental y filosófico. Su musa es desencantada y pesimista. A don Jorge Isaacs, autor de la inmarchitable novela colombiana *María*, debemos algunos poemas de punzante melancolía. Dios, alma, terruño nativo, infancia, héroes, mujer, música, ensueño, sed amorosa, se integran en la palabra unitiva y derramada del bogotano Rafael Pombo (1833-1912) en quien alcanza su claro y alto cenit el romanticismo colombiano. Don Diego Fallón, de origen inglés, pero de muy criolla expresión, escribe una celebrada oda a la luna. Don Miguel Antonio Caro alterna con sus trabajos de filólogo, crítico, gramático y traductor de los latinos, la escritura de algunos poemas, entre los que sobresale su *Oda a la estatua del Libertador*. A fines del siglo conviven en Bogotá las más diversas tendencias literarias. Don José María Rivas Groot canta a *Las constelaciones* en un anhelante poema que recuerda las grandes odas románticas. Julio Flórez, de musa fértil y crepuscular, preside La Gruta Simbólica, tertulia de los últimos románticos. Candelario Obeso, poeta de color, estiliza temas y ritmos populares. Don Antonio Gómez Restrepo escribe graves sonetos de contextura clásica. A la musa campestre y sensitiva de don José Joaquín Casas (n. 1866) se deben sonetos y poemas de índole cordial y descriptiva, impregnados de emoción nacional y de cristiano estoicismo. Ismael Enrique Arciniegas, periodista y crítico, es también un romántico de fino tono menor.



José Asunción Silva, autor de un *Nocturno* justamente famoso, marca el instante de transición entre el romanticismo y las nuevas formas estéticas del 900. Exquisito, ultrasensible, de alma refinada y torturada, Silva estiliza la mejor herencia romántica y la enlaza con el naciente simbolismo. Tierna y heridora evocación de la infancia, misteriosa intuición del trasmundo y ansiedad temporal son notas esenciales en su *Libro de versos*. Don Guillermo Valencia nació en Popayán en 1873 y murió en la misma ciudad en 1944. Ejerció durante su larga vida una especie de rectoría espiritual en Colombia. Poeta, orador, académico, poderoso escritor en prosa, tribuno parlamentario y multitudinario; poseyó Guillermo Valencia una pasmosa variedad de aptitudes y conocimientos. Valencia supo asimilar las mejores esencias del romanticismo, del simbolismo y del *parnaso francés*, y las devolvió en bella sustancia de poesía personal. Su formación humanística le dictó los dones clásicos de medida y equilibrio, y su galicismo mental enriquece sus poemas de finura y sutileza. El refinamiento, la trascendencia ideológica, el culto de la forma, el virtuosismo, son caracteres que deben recordarse al hablar de su obra. Con don Guillermo Valencia, la poesía colombiana entra de lleno en el modernismo. Luis Carlos López, nacido y muerto en Cartagena (1881-1950) se aparta de los ideales estéticos del modernismo, y sus versos, erizados de malicia rural y de agridulce humor, significan, ante todo, una irónica reacción contra el romanticismo decadente y los excesos de algunos modernistas. A la generación de Valencia pertenecen: Cornelio Hispano, de inspiración helénica; Max Grillo, sensible y erudito, y Ricardo Nieto, que ha cantado la tierra paradisíal del Valle del Cauca.

Se ha llamado en Colombia generación del centenario a la que aparece en torno al año de 1910, fecha centenaria de la independencia nacional. Los poetas de esta generación escriben bajo el imperio de los ideales estéticos de 1900. Su formación y su cultura tienen un carácter *arielist*a y cosmopolita de acento galicado. Porfirio Barba Jacob es el poeta de la pasión. Sus versos están transidos de angustia, de soledad, del aliento telúrico de América y de la pávida y universal verdad del corazón humano. Salobres y ventiladas estampas de mar y marineros constituyen el tema casi único de Gregorio Castañeda Aragón. Carlos Villafañe evoca amores juveniles en el aire apasionado de su región caucana. En Eduardo Castillo, poeta de la ternura, hay una esfumante nostalgia y una música neopetrarquista. Su encantadora melodía "sentimental, sensible, sensitiva" sigue viviendo en el corazón de los colombianos. José Eustacio Rivera reduce a plásticos sonetos de arquitectura parnasiana la exuberante belleza del paisaje tropical. Aurelio Martínez Mutis da una nota épica y un conmovido acento amoroso. Otros poetas del centenario: Mario Carvajal, de sosegado idioma y honda inspiración cristiana; Gilberto Garrido, de personalísimo acento, cantor de soledades y elegías; Miguel Rash Isla, espléndido sonetista; Leopoldo de la Rosa, poeta marino y nocturno; Angel María Céspedes y Manuel Antonio Carvajal, de musa gentil y nostálgica.

Con el nombre de generación de *los nuevos* se conoce en Colombia a la que adviene en torno al año de 1925, y que, si bien influída por las estéticas revolucionarias, conserva para las letras colombianas su tradicional perfil humanístico. Música, humor y hondo patetismo se mezclan en



la poesía de León de Greiff. Rafael Maya es un clásico nuevo que, en su libro *Coros del mediodía*, marca un punto de equilibrio entre tradición y renovación. Germán Pardo García trae una nota religiosa y dinámica e incorpora últimamente a su obra ansiedades del hombre de la era atómica. Jorge Zalamea, en la lengua solemne de *El sueño de las escalinatas*, refleja horas dramáticas de la inquietud contemporánea. José Umaña Bernal, a más de sonetos y décimas de impecable dicción, escribe un memorable *Nocturno del Libertador*. Juan Lozano y Lozano incorpora a la antología nacional su indeleble soneto a *La catedral de Colonia*. Rafael Vásquez escribe sonetos lujosamente ornados de retórica danunziana. Alberto Angel Montoya se congoja por la radical soledad del hombre. Alfonso Borda Férgusson nos deja un puñado de sonetos inmarchitables por su gracia cordial y su galán artificio. Víctor Amaya González prolonga en algunas de sus doloridas canciones el tono de su maestro Barba Jacob. Y un brumoso encanto tienen las evocaciones del buen tiempo pasado, escritas por Octavio Amórtegui. En todos brillan los últimos resplandores del modernismo. Con acento diverso Donaldo Bosa Herazo, en lengua de machadiana sencillez, dibuja remembranzas españolas y doradas visiones de su natal Cartagena de Indias. Luis Vidales trae el estremecimiento revolucionario de los años veinte en su libro juvenil *Suenan timbres*; y en su obra de madurez se une a la luz del ingenio un contenido patetismo.

La generación de 1940 se congrega en torno al lema juanramoniano "Piedra y Cielo", que es, además, su razón editorial. En su poesía se cruzan signos clásicos y románticos y son muy visibles el regreso a los influjos hispánicos y la indagación en el hombre colombiano, su circunstancia y su contorno. Penas de amor, criaturas del mundo visible e invisible y el hondo latido de la patria soñada como vivencia del ahora, como recuerdo y esperanza, ha cantado Jorge Rojas en retórica diamantina. También en idioma de clásica andadura Antonio Llanos escribe esbeltas canciones infantiles, patéticas elegías de ausencia y entrañables sonetos vueltos a lo divino. Darío Samper estiliza garbosamente morenos ritmos populares. En su melodía apenumbra traen Aurelio Arturo el húmedo paisaje del sur y la mágica añoranza de los sueños juveniles. En su crespo y barroco brillo la poesía de Carlos Martín reitera su apasionado *ritornello*. Con un acento meditabundo y lloviznado de nostalgia Gerardo Valencia narra irrepetibles experiencias del corazón. El morado presentimiento de la muerte y el sabor de su tierra natal, Santander, se respiran en los versos de Tomás Vargas Osorio (1910-1941). Arturo Camacho Ramírez expresa, en poderoso idioma, el drama de los sentidos. Otros poetas de vario signo crean su obra en el mismo ámbito temporal y estético de "Piedra y cielo". Emoción del litoral caribe y sensual cadencia mulata en Jorge Artel. Rotundos poemas de metafísica desazón en Rafael Ortiz González. Palabra de intención social, solidaria con el humilde y el doliente, en Carlos Castro Saavedra. Nostalgia y sed de Dios en Rafael Lema Echeverri. Sonetos transidos de amorosa melancolía en Jorge Montoya Toro. Grave preocupación mortal y temporal en Andrés Holguín. Garbo solar y marinero y "dolorido sentir" amoroso en Helcias Martán Gónzora. Nítida palabra nimbada de gracia, de ensueño y feminidad en Meira Delmar. Esfumante palabra apasionada, cálida y solitaria melodía nocturna, noble y altiva tristeza en Fernando Charry Lara. Elegía suspirante



en Octavio Gamboa. Sosegada canción meditabunda en Héctor Fabio Varela. Inmersión onírica con sorprendentes hallazgos en Héctor Rojas Herazo. Desnudo lirismo de *El transeúnte* en Rogelio Echavarría. Alianza feliz de tradición y renovación en Eduardo Mendoza Varela. Sensibilidad y primor verbal en Oscar Echeverri Mejía. Lúcida indagación hacia lo misterioso y abisal de lo cotidiano en Alvaro Mutis. Hondo vivir bellamente contado en Fernando Arbeláez. Y dolorimiento de los pasos perdidos en Guillermo Payán Archer.

Hacia 1950 se percibe un *nouveau frisson* en la poesía colombiana. Hay un relevo en los influjos foráneos y una lenta pero sensible modificación en el subsuelo de la creación poética. La poesía toma una conciencia más aguda de la problemática histórica: *vive* en este patético mediar del siglo veinte, en el sangriento atardecer de una edad histórica, en vísperas de un nuevo milenario y con el presentimiento de una catástrofe cósmica. Sobre la palabra poética gravita la angustia existencial que no es simplemente una moda literaria como no lo fue por los años, también críticos, en que vive y escribe Quevedo en el crepúsculo barroco del renacimiento y del imperio español. La expresión se torna a veces entrecortada y jadeante. A menudo el lenguaje —de tono coloquial, confidencial, reiterativo, casi salmodiante— anda sobre el filo de la navaja del prosaísmo. No obstante el verso conserva, por lo general, la clásica estructura, salvo el uso del verso libre de origen simbolista ya empleado por tres generaciones anteriores. Dos poetas —unidos por la amistad fraterna, por el común origen terruñero y por el sino de una temprana muerte trágica— encarnan y tipifican esta nueva sensibilidad. En la obra de Jorge Gaitán Durán arden “como un fuego de dos llamas” la muerte y la voluptuosidad; un hondo y cálido sabor de vida vivida y ferozmente amada se percibe en su obra resuelta a menudo en sonetos de muy personal entonación. El juvenil optimismo que guía la mano de Eduardo Cote Lamus cuando escribe *Salvación del recuerdo* se nubla de trascendentes intuiciones en *Los sueños* y se transfigura en estremecedora meditación sobre la muerte y el trascurso en *Estoraques*. En la densa y turbadora palabra de Gaitán y de Cote resplandece con un fulgor sombrío el último gran instante de la poesía colombiana.